

La batalla por la doctrina

El grupo de Jorge Abelardo Ramos
ante el peronismo

Martín Ribadeiro¹

Resumen

El objetivo del artículo es reconstruir el discurso de un grupo de intelectuales políticos de izquierda liderados por Jorge Abelardo Ramos durante los primeros años del peronismo. En momentos en que la cultura de izquierda comenzaba a sentir los efectos de la presencia de éste movimiento social y político sin precedentes en la historia argentina, esta fracción de militantes trotskistas enunciaron una serie de discursos, temas y representaciones que conformaron un cambio respecto de la tradición heredada y que, en décadas posteriores, tuvo una nítida repercusión en la vida intelectual y cultural. El concepto de «bonapartismo» fue el objeto discursivo central a través del cual este grupo enunció una interpretación del peronismo al tiempo que afrontó los debates y las polémicas que animaron a buena parte de esta corriente de izquierda argentina.

Palabras clave: trotskismo, militancia, peronismo, bonapartismo

Abstract

The object of this paper is to reconstruct the speech of a group of leftist intellectual politicians led by Jorge Abelardo Ramos during the early years of classical Peronism. At a time when leftist culture began to feel the effects of the presence of this unprecedented social and political movement in the Argentina history, a Trotskyist fraction enunciated a series of speeches, themes and representations that made a change from the inherited tradition and, in later decades, had a clear impact on the intellectual and cultural life. The concept of «bonapartism» was the main discursive object through which this group enunciated an interpretation of Peronism while establishing the debates and controversies that animated this part of the Argentinian left culture.

Key words: trotskyism, militancy, peronism, bonapartism.

1 UBA-Iealc-Conicet.

Introducción

El grupo de intelectuales políticos que Jorge Abelardo Ramos lideró durante el peronismo tuvo su origen en las pequeñas sectas trotskistas de principios de los años cuarenta.² A mediados de 1970 Ramos recordaba el clima que se vivía a fines de la década del treinta en una de esas organizaciones al relatar que:

[...] en el GOR (Grupo Obrero Revolucionario) éramos ocho: Mateo Fossa, Luis Alberto Murray, un estudiante de Derecho de apellido Abadie, Ángel y Adolfo Perelman, Constantino Degliuomini (el hermano de la que más tarde sería importante diputada peronista, Delia Parodi), Liborio [Justo] y yo. Nos reuníamos en una especie de sótano, un taller de ebanistería que tenía Mateo en la calle Humahuaca y desde allí sacábamos el periódico *La Nueva Internacional*, que en verdad salía con la plata de Liborio, una pensioncita que el padre le pasaba a través de la madre, ya que ellos estaban enojados. Liborio era un tipo muy desequilibrado y autoritario.³

Muchos de estos rasgos —el marcado personalismo, lo selecto del número, lo opresivo del lugar— hacen recordar al estudio que Lewis Coser hiciera de las sectas políticas santsimonianas. Entre sus características más destacadas advertía «su devoción hacia un grupo de ideas, su tendencia a abrazar no solo segmentos de la personalidad de cada miembro sino también a todo hombre; su moralidad extremosa y su tendencia natural a considerar al socio como moralmente superior a los intrusos que todavía no han recibido el mensaje, todas estas características han hecho a la secta especialmente atractiva para hombres en busca de salvación».⁴ Pero, siguiendo esta interpretación, las sectas proporcionaron a sus integrantes otros aspectos en el desarrollo de una vida intelectual y social que, en parte, ayudan también a comprender el colectivo liderado por Ramos durante el peronismo: un marco de compañerismo, fraternidad y camaradería. Brindaron, en un contexto de crecimiento y expansión de los partidos comunistas y socialistas durante la década del treinta y cuarenta, una alternativa para aquellos hombres y mujeres opositores no solo a la sociedad de su tiempo sino también a estas instituciones dominantes en el interior de la cultura de izquierda.

El significado que el artículo le otorga a la idea de grupo como categoría en el análisis de estos intelectuales es producto de un estudio más amplio donde se abordan diversas experiencias asociativas. Entre estas experiencias se destacaron la revista *Octubre* (1945-1947) junto a otros emprendimientos como la editorial Indoamérica (1949-1955) y la fundación en 1954 del club de debate político «Manuel Ugarte». Estos fueron momentos de unión entre sus miembros, sobre la base de una común identidad militante trotskista, la apuesta por el trabajo ideológico y la difusión político-cultural. Esta situación no ocultó desacuerdos y separaciones transitorias, sin embargo, la reconstrucción de estos proyectos revela la existencia de una fuerte asociación y camaradería entre

2 Este concepto de intelectuales políticos, retomando a Juan Marsal, es aplicable a aquellos hombres y mujeres cuya actividad principal está en estrecha relación con la producción y difusión de símbolos vinculados con la creación de una conciencia política. Se podría agregar a esta definición topológica, que la misma no solo está constituida únicamente por modelos de razonamientos estratégicos o tácticos: incluye la enunciación desde una posición de verdad de una serie de aspectos vinculados con el diseño de una visión profética sobre el futuro, valores, una memoria histórica y una sensibilidad frente a determinados acontecimientos. Todos elementos que constituyen lo que para Serge Berstein es una cultura política. Véase Marsal, Juan. *Los intelectuales políticos* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1973) y Berstein, Serge. «La cultura política», en Rioux Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-Francois. *Para una historia cultural* (Madrid: Taurus, 1999).

3 Este es uno de los pocos testimonios que Ramos dejó sobre su juventud y militancia como parte de un reportaje que Jorge Raventos le realizara en 1973. Archivo Jorge Abelardo Ramos.

4 Lewis Coser. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo* (México: FCE, 1968), 111.

sus integrantes, si se consideran los encuentros e intercambios asiduos que presupone el logro de tales empresas.⁵ Así, estos intelectuales políticos en sus inicios conformaron una comunidad de ideas con una vocación por la acción política y de la cual germinó un grupo que en décadas posteriores, y a pesar de verse atravesado por separaciones y la incorporación de nuevos miembros, fue parte integral de la historia de la izquierda argentina.

El objetivo del presente artículo es analizar un momento inicial de este grupo, al considerar el discurso enunciado por los integrantes de lo que aquí se denomina como el «grupo Ramos» ante el surgimiento del peronismo y que incluía a hombres como Aurelio Narvaja, Enrique Rivera, Carlos Etkin, Hugo Sylvester, Mauricio Moisés Prelooker, Adolfo Perelman y Jorge Enea Spilimbergo. Su estudio admite, en primer lugar, considerar su pertenencia a la tradición discursiva marxista y, en segundo, la importancia del concepto de bonapartismo en el armado de una propia interpretación del peronismo.

Remarcar el principio doctrinario marxista del grupo tiene como fin relativizar aquellas miradas que se han centrado en el componente nacional-popular del mismo. Un paso previo del análisis obliga a considerar sus condiciones discursivas de origen vinculadas a la existencia de una matriz socialista y a partir de allí evaluar posibles recepciones.⁶ Del mismo modo, acentuar esta pertenencia permite matizar los trabajos que le han restado importancia a la hora de estudiar el origen del grupo y su interpretación sobre el peronismo.⁷ Entre los objetos discursivos que más sobresalieron en la superficie textual y que mejor evidencian esta filiación con la tradición marxista, uno fue central: el concepto de «bonapartismo».

Trotskyismo, militancia y redes

Como ha demostrado la literatura dedicada al tema, la crisis que el peronismo generó en los partidos de izquierda se reveló con toda intensidad en la pérdida de un apoyo obrero que nunca fue total, bases sindicales y dirigentes provinciales.⁸ No obstante, ese momento de confusión y perplejidad que atravesó la izquierda, en una de sus variantes, fue lo que posibilitó la emergencia de distintas formaciones, grupos y tendencias intelectuales a mediados de los años cincuenta y sesenta. A pesar de este proceso común, esta cultura política no tramitó del mismo modo y con la misma intensidad la presencia del peronismo en el escenario político ni todas sus

5 Según Randall Collins, la idea de «grupo» para el estudio de los intelectuales forma parte de una categoría social de análisis sobre la base de considerar el encuentro entre sus miembros «con la suficiente frecuencia como para dar lugar a intensos intercambios de interacción ritual en que se fraguan ideas-emblemas, identidades, energías emocionales que luego persisten y en ocasiones pueden prevalecer sobre otras energías del mismo tipo». Collins, Randall. *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual* (Madrid: Hacer, 2005), 21.

6 Dos trabajos pueden citarse como ejemplos de este tipo de abordaje respecto del grupo Ramos: Acha, Omar y Eidelman, Ariel. «Nacionalismo y socialismo: Jorge Abelardo Ramos y la Izquierda Nacional», en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política* 13 (2000) y Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006), 173-185.

7 Este tipo de enfoque es el que puede constatar en trabajos como los de Galasso, Norberto. *La Izquierda Nacional y el FIP* (Buenos Aires: CEAL, 1983) y, más recientemente, en Regali, Enzo. *Abelardo Ramos. De los astrónomos salvajes a la Nación Latinoamericana. La Izquierda Nacional en la Argentina* (Córdoba: Ferreyra Editor, 2011).

8 Para una visión sobre los efectos del peronismo en la izquierda véase los artículos de Altamirano, Carlos. «Ideología y debate cívico», en Torre, Juan Carlos (dir.). *Los años peronistas (1943-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 2001) y «Una, dos, tres izquierdas ante el hecho peronista (1946-1955)», en *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2012).

fracciones ocuparon un idéntico lugar de enunciación. De forma casi inmediata, su repercusión en el trotskismo argentino es palpable en el discurso y en las diferentes posiciones que originaron su emergencia entre los distintos grupúsculos que lo conformaban. Para tener un mejor panorama y ubicar con precisión el lugar ocupado por el grupo de Jorge Abelardo Ramos es necesario recuperar el contexto ideológico, político y social en el cual estaba inserta esta fracción de la cultura de izquierda.

A comienzos de 1940 el trotskismo nacional y latinoamericano estaba dividido en distintas fracciones. Este surgió como movimiento político e intelectual a principios de la década del treinta, aunque su jefe tuviera seguidores desde su conocido enfrentamiento con Stalin en los años veinte. De alcance limitado en América Latina aunque más expandido en Europa —en especial en Francia—, hacia 1938 León Trotsky fundó la IV Internacional con la intención de organizar, institucionalizar y centralizar una corriente que para ese entonces contaba con una propia fuente doctrinaria: el *Programa de Transición*.⁹ El llamado para alcanzar una forma final tuvo distintas respuestas por parte de las pequeñas sectas latinoamericanas, destacándose los casos de Bolivia, Chile y Argentina;¹⁰ compartiendo un lenguaje y una cultura revolucionarias similares a la pregonada por la Internacional Comunista, aunque la fuente de autoridad hallaba su origen en la figura de Trotsky y sus escritos político-doctrinarios. Este sin embargo no vivirá lo suficiente para ver realizado su objetivo de unificación, ni tampoco manifestarse respecto a la emergencia de los movimientos populistas en América Latina más allá del caso mexicano. Recién fue en el Tercer Congreso Mundial de 1951 cuando el movimiento logró institucionalizarse y elaborar un primer documento específico sobre la situación política de la región.¹¹

En Argentina dos fueron las fracciones que a principios de los años cuarenta protagonizaron las batallas por el legado y el reconocimiento del líder. Ambas estaban conformadas por militantes, muchos de ellos estudiantes universitarios de clase media y en menor medida trabajadores. En 1940 el grupo encabezado por Antonio Gallo, la Liga Obrera Socialista (LOS), fue uno de los más importantes gracias al aumento de su número a partir del arribo de varios militantes, entre los que se encontraban Jorge Abelardo Ramos, Enrique Rivera, Aurelio Narvaja, Esteban Rey, Rogelio Frigerio, Nahuel Moreno y Hugo Sylvester.¹² La publicación *Inicial* se transformó en su tribuna doctrinaria, por lo menos hasta fines de 1941. Para ese entonces, el otro agrupamiento trotskista relevante que quedaba, aunque con menor cantidad de militantes, era el comandado por Liborio Justo: el Grupo Obrero Revolucionario (FOR). Sin embargo, esta «vieja generación» de Gallo y Justo poco tiempo después daría un paso al costado y cuando en diciembre de 1941 se produjo

9 Este programa además de brindar una comprensión del rol del trotskismo frente a la guerra, el fascismo y los partidos comunistas, también intentaba proporcionar una base de organización para la unificación de un movimiento todavía pequeño pero en vías de desarrollo. Al respecto véase Trotsky, León. *El Programa de transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional* (La Paz: Cruz, 1974). Respecto al momento intelectual y político de Trotsky en el exilio en la década de 1930 véase el debate que sostuvieron Nicolás Crassó, Ernest Mandel y Monty Johnstone en *El marxismo de Trotsky* (Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, 1970).

10 Para un panorama sobre el trotskismo y su rol en América Latina sigue siendo fundamental el trabajo clásico de Alexander, Robert. *Trotskyism in Latin America* (Hoover Institution Publications, 1973), 45-68; para una mirada crítica y complementaria de este trabajo, Maitán, Livio. *Apuntes sobre la historia del trotskismo en América Latina* (Bogotá: Eris, 1978). También el libro de Frank, Pierre. *Historia de la IV Internacional* (Caracas: Ediciones Bárbara, 1970) 39-75.

11 Maitán. *Apuntes sobre la historia del trotskismo*, 59.

12 Jorge Abelardo Ramos, Enrique Rivera y Adolfo Perelman luego de su ruptura con Liborio Justo y con el GOR fundaron la Liga Obrera Revolucionaria (LOR) y editaron el periódico *La Nueva Internacional* de solo dos números. Meses después se sumaron a la Liga Obrera Socialista (LOS) que encabezaba Antonio Gallo.

el último intento de unificación de los distintos grupos en el Congreso de Punta Lara, Gallo se había radicado en Estados Unidos mientras que Justo quedaba al margen de dicho evento.¹³

La publicación de la revista *Frente Obrero* (1941-1943) —retomando la numeración de *Inicial*— como órgano de prensa del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS) fue un último ensayo por constituir un partido trotskista unificado a nivel nacional. Su desaparición después del golpe de Estado de junio de 1943 puso en evidencia los límites del trotskismo en el objetivo de formar una organización partidaria y desarrollar una activa participación en la vida sindical, a excepción de los casos particulares de Adolfo Perelman, Hugo Sylvester y Carlos Etkin, estos dos últimos en calidad de abogados de la recién fundada Unión Obrera Metalúrgica. Los grupos que emergieron hacia 1944 eligieron continuar con la militancia y con sus profesiones como abogados y docentes.

Ahora bien, si una de las cuestiones que atraviesa toda secta, retomando las consideraciones de Horacio Tarcus, es una común dificultad por traspasar las barreras organizativas y autoperceptivas que impone su propia formación, no son menores las condiciones sociales y políticas imperantes, en especial durante las décadas del treinta y parte de la del cuarenta en Argentina.¹⁴ No fue únicamente la dictadura de junio de 1943 la causa central que explicaría la escasa inserción sindical del trotskismo ni la imposibilidad de conformar un partido político unificado de manera análoga a los socialistas y comunistas. El peso que estos tenían junto a los sindicalistas en las organizaciones obreras para ese entonces, sumado al apoyo que los primeros recibían de los sectores de clase media y la aristocracia obrera, eran otros tantos obstáculos que colaboran en explicar su limitada expansión. El peronismo, en este contexto, vino a ahondar aun más esta marginación con el agregado de que para ello había apelado a valores, proclamas e ideas ajenas a la tradición marxista. Sin embargo, fue en aquel entonces que el grupo de Jorge Abelardo Ramos sorteó, no sin dificultad, los estrechos márgenes de su propia organización y tradición aprovechando las oportunidades que brindaban los cambios sociales y culturales que auspiciaba la continuidad de la modernización y el advenimiento de una cultura plebeya.¹⁵ Esta consideración incluye a compañeros de militancia como Aurelio Narvaja, Hugo Sylvester, Enrique Rivera, Mauricio Prelooker, Adolfo Perelman, Carlos Etkin y Jorge Enea Spilimbergo —quién recién se incorporó a mediados de 1951—, aunque ninguno lo hizo con la presencia y repercusión que el primero tuvo en la vida intelectual y pública nacional.¹⁶

13 Retomamos esta idea de «vieja generación» de Tarcus, Horacio. *El marxismo olvidado en Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996), 103. Para un estudio detenido de las actividades y posiciones del trotskismo argentino entre 1930 y 1950, además del citado de Tarcus, todavía siguen siendo útiles por la información que brindan los trabajos de Coggiola, Osvaldo. *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)* (Buenos Aires: CEAL, 1985), 51-172 y González, Ernesto (coor.). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)* (Buenos Aires: Antídoto, 1997).

14 Un estimulante estudio teórico, metodológico e histórico sobre el problema de las sectas en la izquierda argentina es el de Tarcus, Horacio. «La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad», en *El Rodaballo* 9 (1998-1999).

15 Respecto del proceso de democratización y sus efectos durante el peronismo véase el trabajo de Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa. «La democratización del bienestar», en Torre, J. C. (dir.). *Los años peronistas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2001). Un análisis detenido sobre las políticas culturales del gobierno peronista y sus efectos en el campo cultural es el renovador y sugerente libro de Fiorucci, Flavia. *Intelectuales y Peronismo. 1945-1955* (Buenos Aires: Biblos, 2011), cap. 1.

16 Para una reconstrucción del itinerario de los integrantes de este grupo véase Ribadero, Martín. *El grupo Ramos ante el peronismo: discursos, ideología y proyectos editoriales (1945-1955)*. Tesis de maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural, Unsam-Idaes, 2012.

El «grupo Ramos» y el surgimiento del peronismo

La división del trotskismo después del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS) inauguró una nueva etapa de reagrupamientos y la aparición de nuevos grupos y publicaciones. Algunos de estos militantes optaron por fundar revistas y periódicos como formas de reclutamiento y expresión. En noviembre de 1945 Jorge Abelardo Ramos publicó en la ciudad de Buenos Aires la revista *Octubre* junto a otros militantes como Mercedes y Miguel Baccal, Aníbal Leal, Margarita Gallo y Mauricio Prelooker, muy cercanos al círculo intelectual liderado por Héctor Raurich.¹⁷ De este grupo original, solo Prelooker escribió durante sus cinco números, siendo además quien acompañó permanentemente a Ramos en esta experiencia. Por su parte, Aurelio Narvaja, Enrique Rivera, Carlos Etkin, Adolfo Perelman y Hugo Sylvester en setiembre de ese mismo año publicaron el periódico quincenal *Frente Obrero*, en su segunda época y de solo dos apariciones. Si bien hacia 1945 aparecían separados en razón de posicionamientos ideológicos y diferencias personales, en 1946 y después de una serie de acuerdos programáticos, las coincidencias entre *Octubre* y *Frente Obrero* se afirmaron en una confluencia —no exenta de disputas y quiebres— que cimentó el inicio de este grupo.

En sus respectivos números iniciales los temas sobre el contexto internacional marcado por la guerra, los avatares del trotskismo y la crítica al comunismo estaban tan presentes como en antiguas publicaciones. Cada una reclamaba ser fiel exponente de los lineamientos que Trotsky había establecido y de la IV Internacional. La revista *Octubre* se enlazaba a la «III Internacional de los tiempos de Lenin y Trotsky, la Oposición Comunista de Izquierda más tarde, la IV Internacional hoy» como parte de una propia filiación histórica.¹⁸ *Frente Obrero*, por su parte, afirmaba tener «un programa general cuya médula la constituye la tesis central del Congreso de Fundación de la IV Internacional».¹⁹ Esta invocación a la doctrina y a la organización representativa, en rigor de verdad, fue poco original. Antes y después, la disputa por la legitimidad del legado formaba parte de las polémicas, debates y rupturas que caracterizaron al trotskismo argentino desde su nacimiento; pero además, otras publicaciones trotskistas contemporáneas como *El Militante* dirigida por Miguel Posse, *Voz Proletaria* por J. Posadas y *Frente Proletario* por Nahuel Moreno, también luchaban y se autoproclamaban fieles representantes de la ideas de Trotsky, de sus consignas políticas y estratégicas vinculadas con la creación de un partido revolucionario. La singularidad de ambas publicaciones no radicaba tanto en un énfasis especial en las polémicas internas o en el seguimiento del mundo sindical, aunque sus páginas también registran esos temas; el uso e interpretación de la categoría de bonapartismo y un marcado estilo fueron los elementos que las distinguieron del resto de la comunidad discursiva trotskista.²⁰ Asimismo, como en todo texto

17 Salvo el caso de Mauricio Moisés Prelooker, el itinerario biográfico de estos militantes está comprendido en el trabajo de Tarcus, Horacio (dir.). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda» (1870-1976)* (Buenos Aires: Emecé, 2007). Mauricio Moisés Prelooker, cuyo seudónimo en la revista *Octubre* era Niceto Andrés, nació en Buenos Aires el 17 de noviembre de 1920 y murió en esta misma ciudad el 7 de octubre de 2001. Si bien los datos biográficos sobre este militante son escasos, podemos afirmar que por lo menos el vínculo con Jorge Abelardo Ramos perduró, con vaivenes, hasta fines de la década de 1950. Algunos aspectos de su vida pueden consultarse en el prólogo de Montalvo, Luis. «Mauricio Prelooker: un sabio ignorado» en Prelooker, Mauricio Moisés. *Un presente esperanzado para la Argentina y el mundo* (Buenos Aires: Grupo Editor del Encuentro, 2005).

18 «Definición y programa de Octubre», en *Octubre* 1 (1945), 3.

19 «Quiénes somos y qué queremos», en *Frente Obrero* 1 (1945), 1.

20 Dominique Maingueneau entiende que en toda comunidad discursiva «los modos de organización de los hombres y de sus discursos son indisolubles, las doctrinas son inseparables de las instituciones que las hacen emerger y las mantienen», por lo tanto esta noción, tributaria de la idea de formación discursiva, permitirá

de carácter panfletario, la utilización de conceptos-injurias, metáforas e imágenes estereotipadas delimitaban un sustrato común de pertenencia.²¹

El primer impacto de los acontecimientos políticos de mediados de 1945 en este grupo se manifestó a través del periódico *Frente Obrero*. A lo largo de sus dos números estructuró una serie de temas, tópicos y representaciones que se vinculaban con el surgimiento del peronismo y que en años posteriores resultaron centrales por su regularidad discursiva. Un editorial de setiembre de 1945 reflejaba la percepción de estar ante un nuevo escenario económico, político y social. Después de dos años «las nuevas condiciones políticas imperantes en el país nos permiten reanudar su publicación» ya que «la negra noche reaccionaria de la última década ha tocado a su fin y una nueva época, preñada de posibilidades y peligros, se abre entre nosotros».²²

El fin del fascismo a raíz de la derrota en la guerra y las transformaciones sociales y económicas acaecidas desde la década del treinta eran las causas que auguraban una nueva época. Lo novedoso del momento, desde esta mirada, se ligaba estrechamente al papel cada vez más protagonista que el Estado venía asumiendo en el mundo del trabajo y la producción en general, como consecuencia del desarrollo industrial iniciado ante la crisis de 1930. El producto social de este proceso económico era el surgimiento de una burguesía industrial de carácter mercadointernista —en oposición al «sector librecambista»— a la que sin embargo se asociaba una incapacidad innata derivada «de su propia debilidad frente a las poderosísimas industrias de los países capitalistas con los cuales compite».²³ Esta situación de dependencia frente al imperialismo, típica de países «atrasados», fue la que impulsó a esta burguesía nacional a «conquistar al par de su independencia política, su independencia económica [para lo cual] necesitaba una industria fuerte, la que, en sus primeros pasos, no [podía] desarrollarse plenamente sino con el apoyo del Estado». De allí, siguiendo este planteo, que la expresión de estos intereses haya radicado en el nacionalismo militar y específicamente en las políticas implementadas por Perón a quién «los industriales comenzaron a subvencionar secretamente [a través de] una intensa propaganda en el seno de la burocracia del Estado y especialmente en la oficialidad del Ejército, la que, por razones profesionales y de clase es muy permeable a toda propaganda nacionalista y autoritaria».²⁴

En la elaboración de este esquema global sobre la situación del país de los últimos años, el gobierno militar —todavía en setiembre de 1945— era considerado parte esencial de un factor económico excepcional, «cuya manifestación es precisamente la industrialización acelerada de los países atrasados». Expresión superestructural de una causa estructural, el programa antiimperialista burgués que éste desplegaba formaba parte de una revolución nacional en ciernes que prefiguraba la puesta en escena de una posible resolución del problema nacional para el país y América Latina:

Planteándose el problema nacional como un simple aspecto de la crisis general del capitalismo, las revoluciones nacionales solo serán una etapa de la revolución proletaria internacional. El estado nacional latinoamericano solo logrará su constitución

«caracterizar a los locutores tributarios de posicionamientos que están en competencia en un mismo campo discursivo». Maingueneau, D. «Comunidad discursiva», en Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (dirs.). *Diccionario de Análisis del Discurso* (Buenos Aires: Amorrortu, 2005), 102.

21 Sobre la idea del panfleto como género literario véase Angenot, Marc. *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes* (París: Payot, 1982), 9 y siguientes.

22 «Quiénes somos y qué queremos».

23 «Bases económicas de la política burguesa», en *Frente Obrero* 1 (1945), 2.

24 Ob. Cit, 3.

como tal como un eslabón del proceso revolucionario que borrará las fronteras nacionales. La revolución permanente de los países atrasados en que el proletariado, como caudillo de la nación entera, toma el poder para realizar las tareas democrático-burguesas incumplidas y dar sus primeros pasos hacia el socialismo.²⁵

En este cuadro trazado —que en su estructura formal refiere a una típica retórica socialista²⁶— la movilización popular del 17 de octubre venía a reconfirmar el relato de la lucha histórica del proletariado a partir de considerar que las «grandes masas explotadas se están poniendo de nuevo en movimiento». De esta manera se evaluaba que:

[...] la clase obrera le ha dado a los acontecimientos el sentido de un verdadero triunfo suyo. Por primera vez en muchos años ha salido a la calle y ha influido de manera importante en el curso político del país. Casi todos los obreros se dan cuenta de ello; los más atrasados magnifican las proporciones de su victoria y las ventajas que obtendrán. Los más conscientes la interpretan como un simple episodio —el primero— de una larga lucha.²⁷

Pero ante tales sucesos, y en razón de este esquema global enunciado, ¿cómo era interpretado el apoyo que recibía el gobierno militar por parte de un sujeto ontológicamente revolucionario? Y más preocupante aún para estos hombres urgidos por la eficacia del discurso y acción militante ¿cómo responder y proceder a esta cuestión sin alterar los elementos que constituían este esquema explicativo y por tanto la doctrina? El elemento faltante, el que expresaba finalmente el por qué de la movilización de las masas explotadas a favor de un militar y no de un partido de izquierda, era el que vinculaba a los partidos Comunista y Socialista con una política «proimperialista» y «oligárquica». *Frente Obrero* no dudaba en apelar a este uso de la polémica al evaluar la movilización del 17 de octubre:

Al gritar ¡Viva Perón! el proletariado expresa sus repudios a los partidos pseudo-obreros cuyos principales esfuerzos en los últimos años estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista. Perón se les aparece, entre otras cosas, como el representante de una fuerza que resistió la larga [*sic*] y obstinadamente esos intentos y como el patriota que procura defender al pueblo argentino de sus explotadores imperialistas.²⁸

Idéntica valoración negativa de los partidos Socialista y Comunista se encuentra en la revista *Octubre* en su primer número de noviembre de 1945, aunque difiere de la lectura realizada por *Frente Obrero*. Así, por ejemplo, Ramos bajo el seudónimo de Víctor Guerrero, afirmaba que la política de «Unión Nacional» que proponía el Partido Comunista —en alianza con el socialismo y el radicalismo— «ha narcotizado al proletariado, creándole falsas ilusiones sobre los partidos

25 «La revolución en Latinoamérica», en *Frente Obrero* 1 (1945), 4.

26 Angenot afirma al respecto que el discurso socialista comparte una representación sistemática del mundo, en cuyo objetivo recurren una serie de elementos de tipo formal que, en su regularidad enunciativa, configuraron una matriz de permanente presencia en el corpus marxista. Tal finalidad consistía en estructurar lo «real esquematizándolo», al tiempo que «se consagra a interpretar el mundo con vistas a transformarlo, a dar una unidad y un sentido a las experiencias vividas» orientando las luchas de obreras «hacia la imagen de la Revolución fatal e inminente». Angenot, Marc. *Interdiscursividades. De hegemonía y disidencias, Córdoba* (Universidad Nacional de Córdoba, 2010), 151.

27 «La capitulación de los socialistas y stalinistas ante el imperialismo explica el apoyo obrero a Perón», en *Frente Obrero* 2 (1945), 1.

28 Ob. Cit, 1.

burgueses. La lucha de clases, motor del desarrollo histórico, ha sido reemplazada por la fraternidad de oprimidos y opresores».²⁹

En rigor, estas críticas de los trotskistas a los partidos de izquierda comportaban escasa novedad para ese entonces. Más aún, formaban parte de un sistema de conceptos-injurias al cual apelaron una y otra vez para hacer frente a la acusación de «contrarrevolucionarios» que enunciaba la dirigencia comunista desde fines de los años veinte.³⁰ Durante la década del treinta, en momentos en que León Trotsky era expulsado de la III Internacional y pasaba a constituir los Frentes Populares, fueron tanto el Partido Comunista como el Socialista los que ahora eran señalados como «conciliadores» y «contrarrevolucionarios». Trotsky dejaba en claro esta posición en el *Programa de Transición* y en otros tantos textos escritos en su exilio mexicano. Puede leerse en el primero que:

[...] el paso definitivo de la Comintern al lado del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, en especial en España, Francia, Estados Unidos y otros países «democráticos», ha creado excepcionales dificultades suplementarias al proletariado mundial. Bajo la bandera de la Revolución de Octubre, la política conciliadora practicada por el «Frente Popular» condena a la impotencia a la clase obrera y despeja el camino al fascismo.³¹

La irrupción del peronismo en ese mes de octubre de 1945 fue lo que habilitó una vez más el uso de este recurso polémico para explicar el significado del apoyo de la clase obrera a Perón. Así, *Frente Obrero* concluía que «la verdad es que Perón, al igual que antes Yrigoyen, da expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino». La misma, en un doble aspecto, contenía por un lado, un sentido histórico al emparentar la figura de Perón con la de Hipólito Yrigoyen y, por el otro, un marcado tono de confesión. Como veremos, estas enunciaciones en sus aspectos básicos y a pesar de tener una serie de ajustes no se modificaron de manera radical. Una vez unificados los grupos *Octubre* y *Frente Obrero*, Jorge Abelardo Ramos no solamente dejó en el olvido sus conclusiones pesimistas sobre el peronismo y el problema de la liberación nacional, sino que adoptó y resignificó las premisas que contenía este cuadro global. Una de las más significativas fue, sin duda, su caracterización del peronismo como una forma de dominación de tipo bonapartista.

Peronismo y bonapartismo: lecturas trotskistas del peronismo

El triunfo del peronismo en las elecciones de febrero de 1946 y el acceso al gobierno profundizó la toma de posición en el interior de la comunidad discursiva y militante trotskista. Frente a las historias oficiales que bregaron por encontrar en aquel entonces el origen de las ideas y hombres que caracterizaran a la «Izquierda Nacional» de los años sesenta y setenta, este trabajo contrapone una aproximación que acentúa la pertenencia del grupo Ramos a la matriz discursiva del

29 Guerrero, Víctor. «La burguesía argentina y el imperialismo frente a la revolución de junio», en *Octubre* 1 (1945), 11.

30 Una forma de argumentación de la propaganda socialista, como parte de una regularidad histórica, se vinculaba con el uso de conceptos-injurias para saldar las disputas entre distintas fracciones sobre el supuesto de la existencia de una discordancia entre los discursos y las estrategias empleadas. Sobre la función de este tipo de recurso retórico propio del discurso militante véase Angenot. *Interdiscursividades*, 169.

31 Trotsky. *El Programa de Transición*, 32.

trotskismo desde una mirada histórica.³² En rigor, tanto su nacimiento como su posicionamiento frente al peronismo solo puede ser aprehendida a partir de considerar la tradición desde la cual diagramaron y afrontaron su vocación por las ideas políticas y la cultura.

En 1946 el semanario *Frente Obrero* había dejado de salir, mientras que a fines de ese mismo año apareció el segundo número de la revista *Octubre*, en su segunda época. Aunque no hay señales de participación de los miembros de *Frente Obrero* en este número, la aparición de un artículo de Enrique Rivera en el tercer número, a principios de 1947, evidencia un acercamiento de posiciones y colaboración. Tanto en este número como en el cuarto de abril de 1947, el proceso de unificación de estos grupúsculos militantes se concretó no solo con varios textos de Rivera publicados en la revista *Octubre* sino con una serie de reuniones llevadas a cabo a mitad de ese año. Puede observarse en esos encuentros los puntos en común pero también las diferencias que existieron en torno a la revista y su lugar en la formación de un partido revolucionario. La centralidad del imperialismo en el análisis del país, el papel de la burguesía nacional y la «traición» de los partidos de izquierda fueron los aspectos más salientes del acuerdo asociativo, como puede apreciarse en un texto confeccionado a mediados de 1947 denominado «Bases para la discusión». Sin embargo, esto no impidió el fin de los desacuerdos, en especial sobre la prioridad que, por ejemplo, Enrique Rivera daba a la construcción del partido por sobre la gestión de la revista, punto que defendía Jorge Abelardo Ramos. A pesar de ello, la colaboración para la confección de *Octubre* fue un hecho, lo mismo que, años después, la puesta en marcha de la editorial Indoamérica.³³

El tema principal de la revista hasta su último número de fines de 1947 giró en torno a la continua dilucidación y perspectiva respecto del peronismo pero ahora con un esfuerzo mayor por comprender su éxito electoral y, sobre todo, social. Si bien el discurso sufrió torsiones, ampliaciones y mezclas —referidos al peronismo como problema nacional, el carácter semicolonial del país, el proyecto de la gran nación latinoamericana y la necesidad de un partido revolucionario— la interpretación del peronismo y su actitud frente a éste dependieron en gran medida del significado otorgado al concepto de bonapartismo. Sin embargo, lejos estuvo el grupo Ramos en el interior del trotskismo de ser el único que apeló a este nudo teórico marxista. Otras publicaciones y grupos como *Frente Proletario* dirigido por Nahuel Moreno y *El Militante* de Miguel Posse también acudían a él en su caracterización del movimiento encabezado por el general Perón en sus primeros años de gobierno.

Como se recordará, el bonapartismo fue parte integral del lenguaje ideológico del marxismo desde el conocido escrito de Marx, *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. La figura de Bonaparte era diagramada por Marx para analizar un período convulsionado de la vida política y social francesa de mediados del siglo XIX. La movilización de los sectores urbanos asalariados en junio de 1848 y su represión posterior habían puesto en evidencia las fragilidades de la dominación burguesa instaurada después de la revolución de 1789. Pero también, y esto era central para Marx, los conflictos emergentes de dicho proceso evidenciaban las luchas interburguesas acaecidas entre los republicanos puros y los integrantes del partido del orden. Las constantes disputas y pujas palaciegas desarrolladas durante la república constitucional —entre mayo de 1849 y diciembre

32 En esta línea historiográfica y representativa de las disputas actuales sobre el origen, legitimidad y legado de la «Izquierda Nacional», pueden ubicarse principalmente los citados trabajos de Galasso, N. *La Izquierda Nacional* y el de Regali, E. *Abelardo Ramos*.

33 «Bases para una discusión» es un registro temático en versión taquigráfica que motivó las reuniones llevadas a cabo a mediados de 1947. Archivo Hugo Sylvester, Cedinci. Para un estudio de esta editorial véase Ribadeiro, Martín. «Política editorial, proyecto intelectual y literatura de izquierda: notas sobre el caso de la editorial Indoamérica (1949-1955)», en *Políticas de la Memoria* 13 (2012-2013).

de 1851— fueron las que, según Marx, terminaron por derrumbar la legitimidad del Parlamento francés y favorecer al Ejecutivo. En su balance, Marx entendía que mientras la primera revolución francesa había tenido un sentido ascensional, la de 1848 era su exacto revés: «la revolución se mueve en sentido descendente».³⁴ No es menester, sin embargo, reponer aquí el análisis completo que Marx realizó sobre estos hechos políticos y sociales en Francia. Solo interesa retener, para los fines que este trabajo persigue, dos de los elementos que fueron recuperados por el discurso marxista en décadas posteriores: por un lado, los efectos producidos por la movilización subalterna cuyo resultado implicaba una crisis de dominación y, por el otro, los conflictos interburgueses que derivaron en la concentración del poder político en la figura de un líder carismático que garantiza el orden vigente.

Aunque en este escrito Marx dejaba de lado la posibilidad de profundizar sobre el problema del Estado³⁵ y el componente democrático que conllevaba la fórmula política bonapartista,³⁶ en términos generales el marxismo en décadas posteriores heredó en bloque esta interpretación. Sin embargo, existieron dos notables excepciones en el interior de esta tradición. Una importante derivación y resignificación se encuentra en los escritos tanto de Antonio Gramsci como de León Trotsky de principios de los años treinta. A pesar de los puntos de fuga en torno de lo político que el sistema teórico marxiano legó a estas generaciones, ello no impidió que recurrieran a los escritos políticos de Marx para dar cuenta de las transformaciones políticas y sociales acaecidas ante la emergencia del fascismo, el populismo latinoamericano y la crisis económica, política y social de los años veinte y treinta.

En Trotsky la apelación a la categoría de bonapartismo estuvo atravesada por un momento intelectual y político diferente al que vivió Gramsci en la Italia de Mussolini. Si en 1932, en el exilio turco, aseveraba que en el caso de Rusia el gobierno bonapartista regresivo de Kerenski había sido producto de un momento prerrevolucionario, hacia sus últimos años este sentido se modificó considerablemente.³⁷ Entendía que en países industrialmente atrasados, donde sojuzgaba el capital extranjero, el protagonismo de los estados era mayor al punto que, en una versión posible, podía derivar en un tipo de dominio de carácter bonapartista sui generis que:

[...] se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política del gobierno mexicano, se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.³⁸

En su interpretación de las políticas del gobierno de Cárdenas, Trotsky recurría una vez más a la categoría de bonapartismo para diagramar un cuadro de la situación política de una sociedad

34 Marx, Karl. *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* (Montevideo, Ediciones de la Comuna, 1995), 39.

35 Respecto a las dificultades de Marx por pensar el Estado véase el trabajo de Aricó, José. *Marx y América Latina* (Buenos Aires: Catálogos, 1982), 132 y siguientes.

36 Para un estudio histórico del bonapartismo desde el punto político véase el trabajo de Bluche, Frederic. *El Bonapartismo* (México: FCE, 1984).

37 Para Trotsky, si el bonapartismo era «la idea de un árbitro de los destinos que se eleve por encima de las distintas clases», el kerenskismo «si se elevaba por encima de la nación, era para desmoralizarla con su propia impotencia». Trotsky, León. *Historia de la revolución rusa* (Madrid: Ediciones Sarpe, 1985), 113.

38 Trotsky, León. «La industria nacionalizada y la administración obrera» (1939), en *Escritos latinoamericanos* (Buenos Aires: Ediciones CEIP, 2007), 171.

como la mexicana atravesada por una fuerte movilización social a partir de la revolución de 1910. De allí, el problema para Trotsky de aplicar para estos países la dicotomía que reinaba en Europa entre democracia y fascismo, ya que

[...] la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado corta de raíz toda posibilidad de un gobierno democrático estable. El gobierno de los países atrasados, o sea coloniales o semicoloniales, asume en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos intentan orientarse hacia la democracia, buscando apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una cerrada dictadura policíaco-militar.³⁹

Es entonces que para el ex jefe del Ejército Rojo el bonapartismo comportaba no solamente dos sentidos sino también dos estrategias políticas ante el populismo emergente: se estaba en presencia de un gobierno al que se podía apoyar para la continuidad revolucionaria —semi-bonapartismo democrático— o, por el contrario, era regresivo bajo el tipo policíaco-militar. A pesar de que la propuesta teórica de Gramsci también contemplaba este doble movimiento, las similitudes con la de Trotsky pueden ser citadas al amparo de no obviar los distintos objetivos y preocupaciones que motivaron cada uno de los escritos. Y es que no solamente los actores y escenarios representados no eran los mismos en uno u otro caso, sino que en Gramsci la insistencia en la construcción del cesarismo como objeto problemático y el estudio histórico particular fueron claves interpretativas que estuvieron ausentes en los textos de Trotsky durante su exilio mexicano. En sí mismos, estos escritos del ex jefe del Ejército Rojo durante este período fueron elaborados al calor de la acción política ante un gobierno que apelaba a las masas, en un contexto poco familiar y urgido por reorganizar un movimiento todavía disperso e inserto en innumerables disputas internas.

Ahora bien, en las publicaciones trotskistas argentinas de aquellos primeros años del peronismo el uso de esta categoría estuvo, frente a lo propuesto por algunos autores, solventado no en el escrito marxiano sino en los del último Trotsky.⁴⁰ Más aun: el proceso de selección realizado en el interior de esta tradición tampoco fue unánime y su sentido dependió de las posiciones asumidas por parte de cada grupo.

Jorge Abelardo Ramos en un artículo publicado en el segundo número de la revista *Octubre* enunciaba que la llegada de Perón al poder era parte de un «programa [que es] el de la burguesía industrial, dispuesta a maniobrar de acuerdo a los desplazamientos de la política mundial». La explicación de su triunfo en las elecciones de febrero de 1946 recaía en un tópico ya advertido: el de la traición de la izquierda partidaria y su incorporación a la Unión Democrática, caracterizada como «el agente político directo del imperialismo yanqui en el país, bajo la inspiración inmediata de la oligarquía indígena».⁴¹

Pero el triunfo de Perón también se explicaba por razones económicas, además de políticas. En un cuadro similar al expresado meses antes por el periódico trotskista *Frente Obrero*, Ramos entendía que la crisis de 1930 había dado nacimiento a una burguesía nacional que a partir de la segunda guerra mundial entró rápidamente en contradicción con los intereses políticos de la oligarquía terrateniente y del imperialismo. El proletariado industrial, cuyo origen se remonta

39 Trotsky, León. «Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista» (1940), 179-180.

40 Este es el caso de Juan José Sebrelli, en su libro *Crítica de las ideas políticas argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2002) y el citado de Regali. *Abelardo Ramos*.

41 Guerrero, Víctor. «La cuestión argentina y el imperialismo yanqui», en *Octubre 2* (1946), 2.

también a esa misma fecha, era la contracara de este proceso de industrialización aunque anclado en una escasa representación partidaria de izquierda. Siguiendo esta línea, explicaba que los hechos del 17 de octubre fueron producto de «las medidas obreristas y antiimperialistas de Perón [que] había movilizado a la clase obrera en su apoyo, despertándola de un letargo político de años». Sin embargo, de manera retórica se interrogaba sobre la posibilidad de que Perón cumpliera con las demandas y aspiraciones de la clase obrera argentina. Y es allí, hacia el final del texto, que respondía a este enigma en términos negativos al tiempo que proporcionaba una figuración y síntesis precisa sobre el país y los problemas de la revolución que no dejará de expandirse en textos posteriores:

[...] la respuesta a esta pregunta está subordinada a nuestra caracterización de la naturaleza histórica de la Argentina y su dependencia general del imperialismo mundial. La Argentina es un país semicolonial, con una economía agraria fundamentalmente capitalista y un proletariado industrial altamente concentrado que los estadígrafos calculan en 1.173.00. El gobierno de Perón es el representante semi-bonapartista de la nueva burguesía industrial argentina. Está obligado a realizar un movimiento pendular bajo la formidable presión de los grupos imperialistas, por un lado; la propia burguesía industrial débil aún y enredada en mil contradicciones, por otro, y el poderoso proletariado argentino. La gran fuerza de Perón reside en la desesperada crisis del imperialismo mundial, su división en bloques y el caos económico consiguiente.⁴²

Ramos, en definitiva, entendía que el peronismo era la expresión de una situación social atravesada por movilizaciones populares y disputas interburguesas que habían puesto en tela de juicio el sistema de dominación imperante. Fue este mismo esquema —el miedo de la burguesía a la movilización desde abajo y sus desacuerdos internos—, como se recordará, el que Marx ya había trazado para explicar las condiciones que posibilitaban el surgimiento de un hombre fuerte y una concentración del poder. Sin embargo, no fue en los textos de Marx donde Ramos y su grupo abrevaron la interpretación de la categoría de bonapartismo, ni tampoco en los escritos de principios de los treinta de Trotsky.

La principal usina teórica que les proporcionó un armazón ideológico para la puesta al día de una interpretación del peronismo emergente, apelando para ello a una autoridad incuestionable, fueron los textos de Trotsky de fines de los años treinta. Al caracterizarlo como semibonapartismo, la revista *Octubre* entreveía al mismo tiempo no solo una lectura positiva y progresista del movimiento sino también la puesta en marcha de una estrategia de apoyo, ya que entendían que:

[...] era deber de los revolucionarios apoyar críticamente a la burguesía del país semicolonial [aunque esto no significaba] en modo alguno sembrar ilusiones sobre el antiimperialismo de Perón, sino ayudar a las masas, con el ritmo de su propia experiencia, a comprender que solamente el proletariado argentino y latinoamericano podrá luchar decididamente contra el imperialismo, implantando su propio poder como caudillo de todas las clases oprimidas y opresoras.⁴³

42 Ob. Cit, 6.

43 Ob. Cit, 2. De hecho la revista citaba en sus últimos dos números artículos de Trotsky que reflejaban su pensamiento de aquellos, representativos del proceso de selección sobre su propia tradición. Especialmente se destacaron «Los sindicatos obreros en la época del imperialismo» (agosto de 1940) y «La industria nacionalizada y la administración obrera» (mayo de 1939).

El colofón estratégico que se desprendía de este esquema implicaba la idea de un «apoyo crítico» a la experiencia peronista, en buena medida dependiente del trazado de una nueva situación antagónica en la sociedad: la lucha entre los movimientos nacionales y el imperialismo. Pero como todo texto que comporta fuertes rasgos doctrinarios, estas consideraciones no tenían como finalidad una mera disquisición sobre la realidad circundante. Exigía ese discurso una vocación por la búsqueda de una acción política a partir de un horizonte revolucionario superador del proyecto peronista. Nuevamente, la figura de Trotsky era el insumo adecuado para profetizar un cambio social en ciernes a través de la constitución de los «Estados Unidos Socialistas de América Latina» liderado por el partido revolucionario independiente de la burguesía nacional:

[...] la clase obrera argentina continuará acumulando experiencia y conciencia. Perón es un accidente en su camino histórico. La gran tarea de expulsar al imperialismo de aquí y del resto de América Latina le pertenece por entero, junto con el proletariado latinoamericano [por lo tanto] el partido leninista del proletariado argentino habrá de formarse en la plena inteligencia de los objetivos nacionales, sociales y continentales de su misión histórica: la liquidación de los grilletos imperialistas y la unificación económica y política del hemisferio sur bajo la divisa de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.⁴⁴

En rigor, este llamado a la formación de un partido político independiente cuyos aspectos tanto organizativos como doctrinarios se basaban en las proclamas de la IV Internacional, también era parte de la actividad militante de otras publicaciones trotskistas como *Frente Proletario* y *El Militante*.

Surgido después de la ruptura del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS) y bajo la dirección de Nahuel Moreno y el trabajador textil Elías Rodríguez, *Frente Proletario* expresó las posiciones del Grupo Obrero Marxista (GOM) durante el peronismo. Este grupo fue un componente esencial de los combates que existieron en la comunidad trotskista. En su primer número de octubre de 1946 delineaba un balance negativo sobre el papel cumplido por la clase obrera y los partidos de izquierda ante el triunfo electoral de Perón. En razón de ello enunciaba que «en la actualidad la poca fuerza del movimiento obrero revolucionario, de la misma manera que la propaganda de los partidos obreros pasados al campo de la burguesía, trae como consecuencia que la posición que defienden los auténticos intereses de la clase sojuzgada, la marxista-leninista, sea casi desconocida en el movimiento obrero».⁴⁵ Nuevamente aparecía como forma de argumentación, al igual que en la revista *Octubre*, el tópico de la traición de los partidos Comunista y Socialista. No obstante, lo central en la publicación refería a algo más sustancial: el problema de la acción política, que era ni más ni menos el de la táctica y estrategia frente al movimiento emergente. Recordaba este primer número que en las elecciones su consigna había sido «ni Perón ni Tamborini, Frente Único Proletario», a pesar de que «los obreros peronistas discrepaban con nosotros en que Perón representara a algún sector burgués, más concretamente al imperialismo inglés. Los hechos desde hace mucho tiempo nos vienen demostrando, cómo el gobierno no es más que un agente político de la City de Londres».⁴⁶

Esta asociación entre la figura de Perón y el imperialismo inglés fue medular en el discurso de *Frente Proletario*. El gobierno peronista era considerado como una continuidad del golpe de Estado efectuado en 1943 en defensa de los intereses de una burguesía nativa entrelazada

44 Guerrero, «La cuestión argentina y el imperialismo yanqui», 9.

45 «Nuestros fines», en *Frente Proletario* 1 (1946), 1.

46 «Perón y el convenio con Inglaterra», en *Frente Proletario* 1 (1946), 5.

históricamente con Inglaterra. En su consideración había sido el avance industrial, comercial y geopolítico del imperialismo estadounidense en el país registrado desde 1930 y la presión de la vieja clase política apartada del gobierno, los hechos que pusieron en tela de juicio la estabilidad de los militares en el poder. En este contexto, los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 eran interpretados como un momento de fuga hacia delante de las tensiones que llevaron a que el gobierno anterior a Perón recurriera a las masas, ya que:

[...] no se apoya solo en los cuarteles, sino en el balanceo entre la burguesía y el proletariado. Necesita del proletariado para evitar que la burguesía lo desaloje con sus técnicos del gobierno, pero al mismo tiempo necesita de la burguesía para mantenerlos en el poder. Por eso lleva saltos y a tientas la política que los explotadores dominantes quieren, por eso, siguen gobernando a través del gobierno: los más fuertes industriales y terratenientes y el imperialismo inglés.⁴⁷

La elección de febrero de 1946 y el triunfo de Perón implicó, entre otras cosas, el éxito militar por controlar aquellos sindicatos obreros que estaban en manos del comunismo y a partir de ello constituir un partido que solo alcanzó unidad desde el Estado, «imponiendo la jerarquización burocrática al partido, transformándolo en una posibilidad de usufructo del beneficio estatal en una realidad. Es decir, este partido no se basa en una clase, sino en el estado y en el proceso electoral como un fin en sí mismo». Para *Frente Proletario*, en conclusión, el peronismo era una expresión bonapartista de los sectores dominantes con apoyo de un sector del proletariado, sin ningún tipo de componente antiimperialista y «actuando al son de las necesidades de los explotadores del país, que siguen siendo los mismos de siempre».⁴⁸

Ahora bien, esta publicación no solo difería respecto de la revista *Octubre* en cuanto a la caracterización de la burguesía industrial —dependiente de la oligarquía—, aunque existían coincidencias en cuanto al carácter semicolonial del país y la debilidad de sus clases fundamentales; el contrapunto más notable tenía que ver con el sentido otorgado a la idea de bonapartismo en la nominación del peronismo. Mientras que para el grupo Ramos el peronismo era a todas luces un semibonapartismo de carácter progresivo, para *Frente Proletario* era un bonapartismo de tipo regresivo. Sin embargo, todas estas opciones y posiciones respecto a la idea de bonapartismo no formaron parte de una bibliografía, lecturas, citas de autoridad o procedencias teóricas-doctrinarias distintas. Como vimos, su disponibilidad ya estaba en los breves y panfletarios textos de Trotsky en sus últimos años de vida y aún en sus textos de principios de los años treinta. Se recordará que para el ex jefe del Ejército Rojo la determinación de un gobierno populista como progresista o regresivo dependía en todo caso de si éstos erigían mecanismos de control de tipo burocrático-policial o si alentaban cierta participación obrera en la producción a partir de una política de nacionalización, como había ocurrido durante el gobierno de Lázaro Cárdenas en México.

Con todo, *Frente Proletario* no fue la única publicación trotskista que utilizó y enunció un sentido negativo del bonapartismo en relación al hecho peronista. Desde las páginas del periódico *El Militante* puede advertirse una similar significación. Dirigido por Miguel Posse y posteriormente por Mateo Fossa, perteneciente a la Unión Obrera Revolucionaria (UOR),⁴⁹ esta publicación consideraba que la situación política generada por los acontecimientos del día 17 de octubre fue

47 «La argentina actual», en *Frente Proletario* 20 (1948), 9.

48 «La argentina actual», 10.

49 Miguel Posse editó junto a Mateo Fossa el periódico *El Militante* entre 1945 y 1949. Si bien el grupo se escindió en 1951, estos militantes consiguieron continuar con sus labores: el primero ingresando en 1955 al

[...] un fiel reflejo de la lucha que por el predominio en el mercado local libra el imperialismo yanqui y el inglés, fuertemente ligado este último a la oligarquía vacuna, representada políticamente por el partido conservador. El imperialismo yanqui en cambio busca aliados entre la burguesía comercial y pequeña burguesía (partido radical). Entre ambos se halla la burguesía industrial.⁵⁰

Si a veces el gobierno era caracterizado como un «representante de los sectores más reaccionarios de la burguesía local, ligados al imperialismo inglés, y tratando de negociar la entrega del país al imperialismo yanqui», en otra parte se afirmaba lo contrario. Confusamente, advertía que este cuadro tenía relación con la nula representación política de una burguesía industrial que había adquirido a partir de 1939 una creciente importancia y una urgente necesidad por desarrollar una política independiente. Solo a través de Perón, siguiendo el hilo narrativo, la había podido encontrar:

[...] las ansias de desarrollo y de independencia de la burguesía industrial hallaron un representante indirecto en los militares, interesados por razones de casta en la existencia de una industria fuerte. El cuartelazo del 4 de junio de 1943 fue la consecuencia de ese proceso. Pero la cohesión inicial de la casta militar, obligada a atender simultáneamente las exigencias de la burguesía industrial, los ingleses, la burguesía comercial, la oligarquía vacuna, el imperialismo yanqui, y el proletariado, se esfumó rápidamente, circunstancia que aprovechó Perón para escalar posiciones en una rápida campaña a lo Bonaparte.⁵¹

Pero más allá de esta caracterización de la burguesía como débil o fuerte y sus supuestos vínculos con el capital extranjero, lo que era imprescindible explicar discurría en las razones del apoyo que Perón recibió por parte de los trabajadores y de los sindicatos. En una fórmula que gozó de amplias simpatías en otras fuerzas de izquierda y aún trotskistas, postulaba que las causas había que encontrarlas en el empleo de una demagogia sobre ciertos núcleos obreros «atrasados» y la falta de ímpetu revolucionario por parte de los sindicatos controlados por comunistas y socialistas. En una inversión miserabilista de la metáfora difundida por el propio líder del movimiento político-social emergente, la publicación entendía que:

Perón se presentó como un sincero y leal amigo de los trabajadores. Con amor paternal les aconsejó que no se ocuparan de política. El iba a remediar todas las injusticias, abolir todas las desigualdades y hacer que en esta tierra grande y generosa nadie padeciera hambre. Así como en las misiones jesuíticas los indios mansos y sufridos se dirigían con sus bandas de música al trabajo, para volver a la tardecita a sus chozas, cansados y silenciosos, así también el ideal de nuestro Bonaparte criollo para «sus» obreros se condensaba el famoso lema: «De la casa al trabajo y del trabajo a la casa».⁵²

Este sentido negativo que *El Militante* le otorgaba al bonapartismo aplicado a la lectura del peronismo era similar, como puede apreciarse, al enunciado por *Frente Proletario* pero ahora llevado resueltamente a un extremo al considerar a Perón como «un peligroso agente fascista de

Partido Socialista mientras que Fossa recaló en la «Izquierda Nacional» hacia la década del sesenta. Sobre el itinerario biográfico de estos dos militantes trotskistas véase Tarcus. *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, 217 y 527 respectivamente.

50 «El peronismo y el movimiento sindical», en *El Militante* 6 (1945), 1.

51 Ob. Cit, 2.

52 Ob. Cit, 6.

la burguesía». Como puede imaginarse, estas enunciaciones no decantaron hacia un apoyo a las políticas sociales encabezadas por el gobierno. Todo lo contrario. Su propuesta del Frente Único Proletario —que compartió con *Frente Proletario*— instaba y realizaba el protagonismo de la clase trabajadora en su búsqueda por mejorar sus condiciones de vida a través de la «instauración de un gobierno obrero y campesino» enfrentado a la «dictadura peroniana».⁵³

Como puede apreciarse, esta caracterización del peronismo como una expresión nacional de una forma de dominación de tipo bonapartista fue un recurso nodal para las marginales micro-sociedades trotskistas. Pero su uso revistió otro sentido, además de interpretar el hecho peronista: ser un arma de combate frente a otros grupos doctrinarios.

Jorge Abelardo Ramos desde la revista *Octubre* hacía explícito ese fin cuando ponía en tela de juicio los postulados de *Frente Proletario* en referencia a la idea de Perón como agente inglés:

[...] algunos revolucionarios que no sabemos por qué razón no están en el partido socialista, han gastado mucha tinta tratando de probar que Perón es un agente del imperialismo inglés. Su principal argumento giraba sobre el hecho de que la CADE (Compañía Argentina de Electricidad) no había sido expropiada. Pero deducir de las debilidades y contradicciones de la burguesía nacional, incapaz de hacer frente a una escalada internacional como podría derivarse de una expropiación semejante, una directa subordinación al imperialismo inglés es bajar el nivel donde la necesidad se combina con el oportunismo. La electrificación del país unida al desarrollo de la industria minera son hechos que prueban el contenido nacional de la política peronista.⁵⁴

Apresiasión a la que se sumó Enrique Rivera en ese mismo número, con sus críticas tanto a *Frente Proletario* como a *El Militante*, al señalar que «asistimos en el seno de lo que se ha dado en llamar nuestro movimiento del cual habrá que delimitar bien qué es lo nuestro auténticamente y lo que es de otros, a tendencias cuyo mínimo común múltiplo está dado por su intento de impedir la adopción, por parte del proletariado del programa de las tareas nacionales».⁵⁵ Este llamado a limitar la pertenencia de las diferentes expresiones trotskistas al movimiento en parte dependía de la distinción previa que se hiciera de aquellos países que eran considerados como semicolonias de los que no lo eran. De esta caracterización dependía una «correcta» utilización y aplicación de la categoría de bonapartismo para el análisis de los procesos nacionales en América Latina. En su consideración, no era el caso de *Frente Proletario* ya que «esta tendencia no hace la menor discriminación de clase del bonapartismo semicolonial, asimilándolo automáticamente al actual bonapartismo de los países de la Europa Occidental». En los últimos párrafos de su artículo, Rivera recomendaba el «estudio detenido de esta cuestión, particularmente a la luz del análisis que efectuara Trotsky en sus dos artículos: “La administración obrera en la industria nacionalizada” y “Los sindicatos obreros en la época del imperialismo”».⁵⁶ De esta manera, lo enunciado asumía de forma explícita la tarea de selección de su propia tradición marxista, de la cual en aquellos años del gobierno peronista eran activos pero ciertamente marginales participantes respecto de otras corrientes que integraban la cultura de izquierda argentina.

53 Ob. Cit.

54 Guerrero, Víctor. «La Política Continental de la Burguesía Argentina», en *Octubre* 3 (1947), 4.

55 Guerrero. «La Política Continental de la Burguesía Argentina», 4.

56 Riveri, Enrique. «Trotskismo y el pseudotrotskismo en el problema nacional», en *Octubre* 3 (1947), 7.

Consideraciones finales

El grupo liderado por Jorge Abelardo Ramos fue parte vital de la cultura de izquierda durante los años del peronismo. La enunciación de un discurso que ponía en relación la tradición marxista con una lectura positiva del movimiento encabezado por Juan Domingo Perón fue uno de los aspectos más visibles que distinguieron a esta formación de otras en el interior del trotskismo argentino. Asimismo, sus actividades durante este período estuvieron asociadas a la publicación de revistas como *Octubre e Izquierda* y a un intenso aunque corto trabajo editorial a través del sello Indoamérica. Estos, en conjunto, constituyeron el sustrato material de una muchas veces no advertida difusión de ideas que, entre otras, encontraban en el bonapartismo a una de sus principales referencias.

Sin embargo, la utilización de este concepto, como pudo observarse, no fue potestad de este grupo doctrinario ni su sentido puede ser adjudicado sin más. Existieron otros que también recurrieron a él. El caso de publicaciones como *Frente Proletario* o *El Militante* demuestra que existieron diferentes focos de propagación. Sea para ofrecer una propia visión del peronismo, sea para participar en las batallas que se desataron en el interior de esta comunidad discursiva, apelar a esta idea fue central en la diagramación de una propia identidad al mismo tiempo que parte integral en la toma de posición frente a un movimiento que asumía un vasto apoyo popular. Para estas sectas el carácter progresivo o regresivo que revistiera el peronismo en la lucha del proletariado por su liberación estaba marcado por la utilización e interpretación de este objeto discursivo, caro a los preceptos elaborados por León Trotsky durante su largo exilio.

La caracterización del peronismo como bonapartismo conocerá en décadas posteriores otras manifestaciones en diversos escritos de combate, en el amplio e heterogéneo ámbito de la cultura de izquierda argentina. Su fortuna como tema central en la elaboración de esquemas argumentativos y narrativos puede encontrarse en publicaciones como la de los comunistas disidentes nucleados en torno a *Pasado y Presente* o en intelectuales de izquierda como Juan José Sebrelli. También en aquellos más afines al legado de Trotsky, como Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Con todo, su empleo en el análisis del peronismo y su puesta en disponibilidad para el resto de las izquierdas fue en gran medida producto de las marginales sectas trotskistas durante el peronismo, pero sobre todo por la labor de escritura y el trabajo editorial emprendido por el grupo de Jorge Abelardo Ramos.

Bibliografía

- Acha, Omar y Ariel Eidelman. «Nacionalismo y socialismo: Jorge Abelardo Ramos y la Izquierda Nacional», en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, nº 13, 2000.
- Alexander, Robert. *Trotskyism in Latin America*, Hoover Institution Publications, 1973.
- Altamirano, Carlos. «Ideología y debate cívico», en Torre, Juan Carlos (dir.). *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Angenot, Marc. *Interdiscursividades. De hegemonía y disidencias*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 2010.
- Angenot, Marc. *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. París: Payot, 1982.
- Berstein, Serge, «La cultura política», en Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-Francois (dirs.). *Para una historia cultural*. Madrid: Taurus, 1999.
- Bluche, Frederic. *El Bonapartismo*. México: FCE, 1984.
- Coggiola, Ernesto. *Historia del trotskismo argentino*. Buenos Aires: CEAL, 1985.
- Collins, Randall. *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*. Madrid: Hacer, 2005.

- Coser, Lewis. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: FCE, 1968.
- Fiorucci, Flavia. *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Biblos, 2011.
- Frank, Pierre. *Historia de la IV Internacional*. Caracas: Ediciones Bárbara, 1970.
- Galasso, Norberto. *La Izquierda Nacional y el FIP*. Buenos Aires: CEAL, 1983.
- González, Ernesto. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*. Buenos Aires, Antídoto, 1997.
- Maingueneau, Dominique. «Comunidad discursiva», en Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (dirs.). *Diccionario de Análisis del Discurso*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- Maitán, Livio. *Apuntes sobre la historia del trotskismo en América Latina*. Bogotá: Eris, 1978.
- Marsal, Juan. *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1973.
- Marx, Karl. *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. Montevideo: Ediciones de la Comuna, 1995.
- Montalvo, Luis. «Mauricio Prelooker: un sabio ignorado» (prólogo), en Prelooker, Mauricio Moisés. *Un presente esperanzado para la Argentina y el mundo*. Buenos Aires: Grupo Editor del Encuentro, 2005.
- Regali, Enzo. *Abelardo Ramos. De los astrónomos a la Nación Latinoamericana. La Izquierda Nacional en la Argentina*. Córdoba: Ferreyra Editor, 2011.
- Ribadero, Martín. *Política editorial, proyecto intelectual y literatura de izquierda: notas sobre el caso de la editorial Indoamérica (1949-1955)*, en *Políticas de la Memoria*, n° 13, 2012-2013.
- Sebreli, Juan José. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- Tarcus, Horacio. «La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad», en *El Rodaballo*, n° 9, 1998-1999.
- Tarcus, Horacio. *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda» (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé, 2007.
- Tarcus, Horacio. *El marxismo olvidado en Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996.
- Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa. «La democratización del bienestar», en Torre, J. C. (dir.). *Los años peronistas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Trotsky, León. *El Programa de transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional*. La Paz: Cruz, 1974.
- Trotsky, León. *Escritos latinoamericanos*. Buenos Aires: Ediciones CEIP, 2007.
- Trotsky, León. *Historia de la revolución rusa*. Madrid: Ediciones Sarpe, 1985.

Recibido 11/04/13 - Aceptado 01/08/13

